

# REPERTORIO AMERICANO

Tomo 8

Núm. 23

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 25 DE AGOSTO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## Las revoluciones hispano-americanas

[Versión taquígrfica. Esta sabrosa conferencia se pronunció en la UNION IBERO-AMERICANA de Madrid, el día 10 de abril de 1924].

Señor Presidente, Señor Embajador,  
Señoras, Señores:

DEBO empezar esta corta disertación dando las gracias al señor Marqués de Figuerola, que ha tenido la amabilidad de invitarme a conversar con ustedes por unos momentos sobre asuntos americanos. Al mismo tiempo, debo darles gracias también a los Representantes diplomáticos de la América del Sur, que han tenido la amabilidad de asistir a esta conferencia, y aunque estoy convencido de que no llegaré en ningún caso a satisfacer la expectativa de los presentes, no por eso es menor mi agradecimiento. Sin embargo, debo prevenir a los presentes: la UNIÓN IBERO-AMERICANA, como ustedes lo saben, se ha distinguido siempre por sus sentimientos humanitarios; pero en esta ocasión me parece que ha derogado la fama que sobre ella han aglomerado los años. Llamar a un cierto número de personas y colocarlas en una sala que no tiene más que tres salidas para escuchar a un mal orador, no es precisamente una señal de humanitarismo...

El título de esa conferencia es: *Las revoluciones hispano-americanas*; hubiera querido poner: *Las revoluciones hispano-americanas y Europa*, pero resultaba el título demasiado largo con apariencias de título de novela romántica de 1848. Por esa razón no he dicho más que *Las revoluciones hispano-americanas*; pero necesito comparar las revoluciones hispano-americanas con el sistema político europeo desde 1800 hasta 1900. Naturalmente, que en esa comparación España no entra.

En concepto de Napoleón, África comenzaba en los Pirineos. Teniendo presente el origen de la frase histórica no hemos de comentarla; porque «cada uno habla de la feria como le va en

ella». No; España no es África, ni tampoco Europa; España es una nación hispano-americana. Por consiguiente, la comparación que voy a hacer entre Europa y América no se refiere en absoluto a España.

Una de las cualidades esenciales del espíritu humano es la capacidad de asociar las ideas distintas, capacidad que está al alcance de todo el mundo. Es el recurso fundamental de los poetas, y un ejercicio mental del que no escapan ni siquiera los niños. Pero hay otra cualidad del espíritu humano, mediante la cual logramos disociar las ideas, empresa menos frecuente y mucho más difícil. Esta noche voy a hacer, si me acompañan ustedes, un ejercicio de disociación de ideas. Las ideas que vamos a disociar son éstas: las revoluciones y las naciones hispano-americanas.

En Europa, desde el mismo momento en que se usa la palabra Hispano-América acude a la mente de la persona que la oye pronunciar la idea de revolución; y desde que se dice revolución acude también a la memoria de la persona que oye pronunciar esa palabra el nombre de Sudamérica. El trabajo de disociación de las ideas, como he dicho, es muchísimo más difícil que el trabajo de asociarlas.

Si todos los cuerpos blancos fuesen duros y todos los cuerpos duros fuesen blancos, seguramente que el espíritu humano no habría logrado todavía hacer la diferencia entre los conceptos de dureza y blancura. Hay un animal muy inteligente, más inteligente que el hombre, porque ha resuelto el problema social y el problema sexual, que todavía no ha podido resolver la civilización contemporánea. Este animal es la abeja. Pues la abeja, con toda su inteligencia, no ha podido separar dos conceptos: el de fluidez y el de transparencia. Una abeja sube y baja du-

rante días enteros por un vidrio incoloro, imaginándose que, siendo transparente, debe ser flúido, como lo es el aire. En su larga historia de conquistas sociales la abeja no ha logrado disociar esas dos ideas. Yo espero de ustedes que me ayudarán esta noche a disociar las ideas de Sudamérica y las revoluciones.

He dicho que el hombre es menos inteligente que la abeja, y habrá, indudablemente, entre los presentes algunas personas que encuentren exagerado este concepto. No voy a hacer una disquisición sobre *Historia Natural*; pero sí voy a hacerla sobre la discreción natural en el espíritu humano.

El hombre ha hecho la clasificación de las especies animales, y ha comenzado por llamarse *homo sapiens*. Estoy seguro de que si el asno, por ejemplo, hubiera hecho la clasificación de las especies animales no habría comenzado por decir *asinus sapiens*. Y seguramente, si nosotros supiéramos que ese animal había hecho la clasificación y se había calificado con ese título, por lo menos sonreiríamos cuando lo oyéramos llamar con ese nombre. Un naturalista que estudia las abejas y las hormigas con mucho interés ha propuesto que se cambien los nombres científicos del hombre y de la hormiga, y que se llame al hombre *homo inforalis semi-sapiens*, y a la hormiga, *formica sapiens*. Este hombre me parece más discreto que los que hicieron la clasificación de las especies animales, con Linneo, y escogieron el título de *homo sapiens* para el género humano. En el curso de esta conferencia hemos de ver que no siempre en las relaciones de unas razas con otras el hombre está a la altura del nombre científico que le diera la clasificación de Linneo.

Entre 1870 y 1880 empezó la Prensa europea a distribuir mañosamente la especie de que las Repúblicas americanas de origen español eran el hogar de las revoluciones, y que allí la vida, por esa razón, era un tormento. Las disquisiciones de los periódicos de esos tiempos vinieron a dar por resultado que nos llamaran a todas las Repúblicas, desde Méjico hasta la Argentina, «las Repúblicas del Trópico», y cuando querían dar una idea de anarquía, de